

UNA SITUACIÓN DE EMERGENCIA

Arkadi y Boris Sturgatsky

«...Los científicos nos informan de un plancton interestelar, da la existencia de esporas de vida desconocida en el espacio. Externas acumulaciones de dichas esporas se encuentran solamente más allá de la órbita de Marte. Sus orígenes no han sido determinados todavía...».

Victor Borisovich se había sentido desilusionado en Titán. El pequeño planeta giraba demasiado velozmente y tenía una atmósfera oscura y variable. Estaba intrigado, sin embargo, con los anillos de Saturno y los extraños juegos de colores sobre su superficie. La nave interplanetaria había descargado alimentos, deuterio líquido y equipo cibernético para los planetólogos, iniciando de inmediato su viaje de retorno y llevando a bordo veintiocho toneladas de erbio y al biólogo Malyshev.

Al cruzar la zona del asteroide la nave espacial había perdido velocidad y se había desviado de su curso. Esto era cosa usual. Todos habían pasado un mal momento por ello. Estaban en su totalidad exhaustos y Malyshev más que ningún otro. El pobre tipo no pudo aguantar el esfuerzo excesivo. Cuando lo sacaron del amortiguador estaba amarillo como un limón. Se palpó todas las partes de su cuerpo, sacudió la cabeza y se fue para su cabina sin pronunciar palabra. Tenía urgencia en comprobar si la tensión excesiva había afectado a su caracol, una gorda babosa azul con un caparazón multivalvular atrapada en el océano de aceite cerca del Valle del Erbio.

Ahora, al igual que cualquier otra cosa en este mundo, sea buena o mala, el viaje estaba llegando a su fin. En menos de un día la nave espacial aterrizaría en el campo aéreo para cohetes en el Cráter Lomonosov, posteriormente habría una semana de cuarentena y al final, la Tierra. Seis meses de vacaciones, el sol brillando, un mar azul, verdes praderas y pinos susurrantes...

Victor Borisovich sonrió, volvió su cabeza y bostezó. Todavía faltaban dos horas para que llegara su turno. Toomer estaba todavía de guardia. Victor Borisovich visualizó a Toomer con su larga nariz, flaco como un palo, encorvado sobre la computadora leyendo la cinta azul del grabador del sistema de control. Luego la imagen de Toomer se desvaneció cambiándose en un peñasco áspero cubierto de musgo. Había aguas profundas debajo del peñasco y si uno aguzaba la vista podía ver una carretera de lomo negro escondida entre la maleza... De repente comenzó a sonar en su oído el zumbido de un moscardón. Victor Borisovich se sobresaltó y despertó. La cabina estaba a oscuras. Él podía oír al moscardón bien cerca suyo.

—No puede ser —dijo Victor con seguridad.

Se levantó y prendió la lámpara. El zumbido se interrumpió. Victor Borisovich miró a su alrededor y vio una mancha negra en las ropas de la cama. No era un moscardón. Era una mosca.

—¡Mi Dios! —exclamó.

La mosca no se movió. Era bastante negra, con las alas extendidas en toda su amplitud. Victor Borisovich apuntó cuidadosamente y la atrapó. Levantó el puño apretado hasta su oído y escuchó. Algo estaba aleteando en su interior en una forma muy familiar.

¡Una mosca! ¡Una mosca a bordo de una nave espacial! Miró su mano con perplejidad. ¡Imagínese! Debo mostrársela a Toomer.

Con su mano libre Victor Borisovich se puso los pantalones. Corrió luego hacia el corredor y por éste hasta el cuarto de derrota.

Toomer estaba parado en ese cuarto observando la pantalla del proyector de televisión donde dos estrechas medialunas, una de la Tierra y otra de la Luna, se mecían ligeramente.

—Hola, Toom —dijo Victor Borisovich.

Toomer movió la cabeza y lo miró con su par de ojos de profundo mirar.

—Adivina lo que tengo aquí —dijo Victor Borisovich sacudiendo su mano levemente.

—Una nave aérea —contestó Toomer con ironía.

—No, no es una nave aérea —dijo Victor Borisovich—, es una mosca. Una mosca viva, viejo cabeza hinchada.

Toomer parecía aburrido. Dijo:

—El acumulador de ferrita no está trabajando bien.

—Lo reemplazaré —dijo Victor Borisovich—; verás, esta cosa me despertó. Zumbaba como un moscardón en un lecho de flores.

—Mmm. A mí no me hubiera despertado —dijo Toomer a través de sus dientes apretados.

—El animalito está aleteando —dijo el navegante cariñosamente.

Toomer lo miró. Victor Borisovich se sentó manteniendo su mano junto al oído, sonriendo con felicidad.

—Victor —dijo Toomer con reproche—. ¡Qué cara tienes!

Konstantin Yefremovich Stankevich, Comandante de la nave espacial, entró en el cuarto de derrota seguido por el ingeniero aéreo Lidin.

—Le dije que no estaba durmiendo —dijo Lidin señalando al navegante.

—Algo le ha sucedido —dijo Toomer sarcásticamente—. Miren un poco su cara.

—He agarrado una mosca —explicó Victor Borisovich.

—¡No me diga! —dijo Lidin con gran sorpresa.

—Yo me voy a la cama, Konstantin Yefremovich —dijo Toomer—; Victor hazte cargo, ese es un buen tipo.

—Espera un momento —dijo Victor Borisovich.

—Déjeme ver qué es lo que tiene usted ahí —demandó Lidin. Parecía como si nunca hubiera visto una mosca en su vida.

Victor Borisovich abrió su puño un poquito y con precaución metió dos dedos de su mano izquierda dentro de él. Luego sacó la mosca por sus patas.

—¿Cómo puede una mosca haberse metido dentro de una nave espacial? —musitó el Comandante—. ¡A propósito, Victor Borisovich, usted es el responsable!

El navegante era también el oficial de sanidad de la nave.

—Eso es —dijo Toomer—. Criar moscas en la nave espacial mientras el acumulador de ferrita está fuera de orden. Es tu turno de guardia.

—Todavía no —dijo el navegante—; todavía me quedan diez minutos. Debo mostrársela a Malyshev. Él tampoco ha visto una mosca desde hace mucho tiempo.

Se movió hacia la puerta llevando la mosca enfrente de él como si portara un plato de sopa.

—Cazador de moscas —dijo Toomer con desdén.

El Comandante se rió. De repente la puerta se abrió y Malyshev entró en el cuarto. El navegante saltó hacia un costado.

—¡Cuidado! —dijo con enojo.

Malyshev pidió disculpas. Tenía una apariencia desaliñada y bastante turbada.

—El hecho es... —comenzó a decir y se interrumpió de golpe al ver la mosca—. ¿Puedo? —solicitó extendiendo su mano.

—¡Una mosca viva! —dijo con orgullo Victor Borisovich. Malyshev sostuvo el insecto por el ala y su zumbido llenó el cuarto.

—Tiene ocho patas —dijo Malyshev despacito.

—¿Y qué pasa con ello? —dijo Toomer—. Victor, hazte cargo. Ya es la hora.

—No es una mosca —dijo Malyshev levantando las cejas—. Mi primer pensamiento fue de que podía ser un «manto de la mañana», un antramorio, pero no es. No es, de ninguna manera, una mosca.

—¿Qué es entonces? —dijo el navegante un tanto mortificado.

—Oigan —dijo Malyshev—. ¿Tienen ustedes algún insecticida? Y necesitare un microscopio.

—¿Pero qué es lo que pasa? —preguntó el navegante.

El Comandante frunció las cejas y se acercó a ellos. Lidin también se acercó.

—Oigan —repitió Malyshev—. Yo quiero un microscopio. Vamos a mi cabina. Les mostraré algo interesante.

—No pierdan la mosca —les gritó Toomer cuando se alejaban.

Cuando iban por el corredor Lidin gritó de repente:

—¡Otra mosca! —Vieron una mosca que trepaba por la pared cerca del techo. Era negra, con negras alas bien abiertas.

En la cabina del biólogo había otras tres más. Una estaba sobre la almohada, mientras dos trepaban por las paredes del tanque de vidrio que contenía la babosa azul. Lidin, que entró último, cerró con un portazo y las moscas se elevaron en el aire haciendo un ruido igual a un enjambre de moscardones.

—Gracias moscas —dijo Victor Borisovich, con indecisión y miró a Stankevich.

El Comandante se quedó quieto, mirando las moscas. Su cara se estaba volviendo roja.

—Es un asunto desagradable —dijo al final.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Lidin. Malyshev parecía hosco.

—Ustedes me han oído decir éstas no son moscas. No son las moscas a las que estamos acostumbrados en la Tierra. ¿No lo ven?

—¡Dios mío! —dijo Victor Borisovich y limpió su mano derecha en la camisa.

—Entonces, así es —dijo Lidin. Una mosca negra voló frente a sus ojos y él se echó hacia atrás, golpeando con la nuca contra la puerta cerrada—. ¡Vete! —gritó moviendo sus manos en forma convulsiva.

—Nosotros necesitamos alguna clase de insecticida —dijo el Comandante—. ¿Qué es lo que tenemos a bordo?

—Es «letal» —contestó el navegante.

—¿Qué otra cosa hay?

—Eso es todo.

—Muy bien —dijo el Comandante—. Atenderé el problema yo mismo. Vaya y lave sus manos y friéguelas con formol.

Malyshev todavía estaba examinando la mosca, manteniéndola cerca de la nariz. Victor Borisovich se dio cuenta de que sus dedos estaban temblando.

—Tire esa cosa de porquería afuera —dijo Lidin. Él estaba parado en el corredor mirando a su alrededor de vez en cuando.

—La necesitare —contestó Malyshev—. ¿No me va a cazar otra, por favor?

En el baño Victor Borisovich rápidamente se sacó la camisa, la tiró en la bolsa de basura y corrió hacia el lavatorio. Se lavó las manos con jabón, las frotó con una esponja y luego nuevamente con jabón... Las manos se tornaron rojas e hinchadas, pero él siguió frotando y frotando. La cosa más terrible que puede suceder en una nave espacial había sucedido. Es muy raro que cosas como esa sucedan, pero sería mejor si nunca acontecieran para nada. Una nave espacial tiene paredes muy gruesas y todo lo que las penetra significa peligro mortal, sea un meteorito, radiación cósmica o moscas de ocho patas. Las moscas son especialmente peligrosas. Tres años atrás Victor Borisovich había tomado parte en una expedición de rescate en Calixto. El grupo se componía de cinco personas, dos pilotos y tres científicos, y ellos habían llevado algo de plasma de ese pequeño planeta venenoso a la nave. Los corredores de la nave estaban todos cubiertos

con una red transparente y pegajosa, algo se aplastaba bajo los pies de uno y el Comandante Rudolph Tserer yacía pálido e inmóvil en el sillón de brazos en el cuarto de derrota, con pequeñas arañas de color lila arrastrándose por sobre toda su cara...

Victor Borisovich frotó sus manos hinchadas con formol y salió al corredor. Las moscas estaban caminando por el techo. Había unas veinte de ellas. Lidin apareció, con su cara contorsionada.

—¿De dónde han venido las odiadas criaturas? —preguntó roncamente.

Una mosca zumbadora voló desde abajo de sus pies y él se paró de golpe, levantando sus puños apretados sobre su cabeza.

—¡Orden! —dijo Victor Borisovich—. ¡Orden, ingeniero aéreo! ¿Dónde se va usted?

—A lavarme.

—¿Qué pasa con el insecticida?

Lidin sólo hizo una mueca y se fue despacito hacia el baño. Victor Borisovich se fue a su cabina, se puso una camisa limpia y una chaqueta y se volvió al cuarto de derrota. Un enjambre de moscas negras chiquititas rozaron su cara al pasar con un delgado sonido zumbante.

En una mesa frente al computador del cuarto de derrota había una botella que contenía un líquido turbio que producía un olor repulsivo aun a través del tapón. Una mosca estaba nadando en el líquido. Probablemente Malyshev había roto sus alas para que no pudiera escapar. De tiempo en tiempo zumbaba fuertemente.

Toomer y Malyshev se pararon junto a la mesa observándola de cerca. Victor Borisovich se les unió.

El líquido dentro de la botella era «letal». Se suponía que mataba insectos instantáneamente y que podía hasta matar un buey. Pero la mosca de ocho patas evidentemente no sabía nada acerca de ello y continuaba nadando en el insecticida, zumbando enojada de rato en rato.

—Cinco minutos y medio —dijo Toomer—. Es tiempo que termines, querida.

—¿A lo mejor hay alguna otra clase de insecticida? —preguntó Malyshev.

Victor Borisovich movió su cabeza. Examinó el cielorraso. Todavía no había moscas en el cuarto de derrota. Entonces él se dio cuenta de Toomer, que estaba mirando sarcásticamente las manos enrojecidas de Victor. Victor Borisovich guardó sus manos en sus bolsillos y gimió de dolor.

«Todo para nada —pensó—; la criatura ni siquiera le tiene miedo al «letal». Un centímetro cúbico de líquido por cada metro cuadrado de superficie. Destruye toda clase de insectos, sus larvas y sus huevos».

Miró de nuevo hacia la mosca en la botella. Estaba todavía nadando y su zumbido era extremadamente molesto. Victor Borisovich suspiró, sacó sus manos de los bolsillos, y dijo:

—Deja la guardia, Toom.

Tomó la guardia e informó al Capitán. Stankevich movió la cabeza ausente.

—¿Dónde está Lidin? —preguntó.

—Lavándose.

—Se está desinfectando —agregó Toomer.

—¡Bien! —dijo el Capitán—; todos ustedes se pondrán sus trajes protectores y se vacunarán contra la fiebre de la arena. La próxima cosa. «Letal» no es bueno. Pero quizás todavía sea posible tratar a las moscas con alguna otra cosa. ¿Cuál es su opinión, camarada Malyshev?

—Le ruego que me perdone —dijo Malyshev ausente. Se alejó de la mosca en la botella y rápidamente agregó—: Sí, sí, bastante posible.

—Nosotros tenemos Petronal, Buxil, Nitroyilicol... gases líquidos...

—Nuestra propia escupida —dijo Toomer en voz baja.

Stankevich le echó una mirada fría.

—No es momento para chistes, Toomer —le dijo—. Llevaremos adelante los tests en el Departamento Médico. ¿Está listo para ayudarme camarada Malyshev?

—A sus órdenes —contestó Malyshev—, pero yo quiero un microscopio.

—El microscopio está en el Departamento Médico. Usted se quedará, Victor Borisovich. Le traerán un traje de inmediato.

—Muy bien, Comandante —dijo Victor Borisovich. Comenzó un fuerte zumbido. Todos miraron a la botella y entonces, de inmediato, saltaron sus ojos hacia el cielorraso. Una gran mosca negra estaba sentada allí, zumbando triunfalmente.

Toomer le trajo a Victor Borisovich un traje protector. Él abrió rápidamente la puerta, saltó como una cabra sobre el brocal y cerró fuertemente la puerta detrás suyo.

Durante un momento el cuarto de derrota se llenó de un fuerte zumbido y de susurros. Toomer se sacó la gorra espectralítica de su cabeza.

—El corredor está lleno de moscas, tantas que uno apenas puede caminar. Dóblate la manga.

Tomó la jeringa y le aplicó al navegante una inyección de suero contra la fiebre de la arena. La fiebre de la arena era la única enfermedad infecciosa del espacio contra la cual se había descubierto un antídoto. No tenía claramente sentido inocular en contra de ella como si el único lugar donde el bacilo de la fiebre de la arena hubiera sido encontrado fuera de Venus, pero el Capitán no deseaba correr ningún riesgo.

—¿Cómo van los otros? —preguntó Victor Borisovich, bajando la manga.

—Kosty está enojado como el diablo —dijo Toomer—. Nada parece afectar a las moscas. Malyshev está encantado y se mantiene cortando las moscas en pequeños pedazos y examinándolos bajo el microscopio. Dice que nunca ha visto nada igual. Dice que no tienen ni ojos, ni boca, ni gástrico, ni ninguna otra cosa. No puede comprender cómo se multiplican...

—Pero, ¿puede él decir de dónde han venido?

—Él dice que ellas deben ser esporas provenientes de alguna forma de vida desconocida, que deben haber estado flotando en el espacio por millones de años y han encontrado finalmente condiciones favorables en nuestra nave. Dice que somos extremadamente afortunados; casos como éste no han sido informados nunca antes.

—Vida errante —dijo el navegante poniéndose su traje protector—. He oído acerca de ella. Pero de alguna manera encuentro difícil que podamos considerar que tenemos suerte. De paso, ¿cómo habrán podido meterse en la nave?

—¿Recuerdas a Lidin saliendo al exterior hace una semana? Si no me equivoco fue en el cinturón del asteroide.

—¿O quizá las agarró en Titán?

Toomer se encogió de hombros.

—Malyshev dice que no hay moscas de ocho patas en Titán. Aunque no hace ninguna diferencia. Gracias a Dios que no son avispas.

Toomer saltó nuevamente por sobre el brocal y se cerró la puerta detrás suyo. Victor Borisovich se sentó ante el panel de control. Vestido con un traje protector y usando un casco espectralítico sobre su cabeza, él se sentía completamente a salvo, y hasta llegó a tararear una canción. Docenas de moscas estaban ahora haciendo círculos apenas debajo del cielorraso, algunas estaban volando frente a la pantalla de televisión, otras caminaban por el grabador del sistema de control. Pero gracias al traje protector no pudo seguir oyendo más el zumbido que producían. Victor Borisovich examinó el panel de control. Había allí una mosca en su hombro. Tomó puntería y le dio una palmada con su mano enguantada. La mosca salió rodando, movió sus patas y luego se quedó quieta. Victor Borisovich se agachó sobre ella y la examinó cuidadosamente. Una mosca negra muerta con ocho patas... una desagradable criatura sin duda, ¿pero por qué eran ellas tan peligrosas? Ningún insecto es peligroso por sí mismo; es la infección o el veneno que lleva consigo lo que es peligroso. Estas todavía podían resultar no ser ni infecciosas ni

venenosas. Sin embargo, si una de estas moscas cósmicas fuera a parar a la Tierra, uno apenas podría imaginar las consecuencias...

El navegante se dio vuelta. Una hoja de papel de la mesa había caído al suelo y estaba ahora flotando hacia la puerta. La puerta que daba al corredor estaba entreabierta.

—¿Eh, quién está ahí? —gritó Victor Borisovich—; cierre la puerta, ¡por favor!

Esperó por un momento, entonces se levantó y salió al corredor. Las moscas trepaban y volaban por todas partes. Había tantas de ellas que las paredes parecían bastante negras y algo como una cortina negra de crepé colgaba del cielorraso. Victor Borisovich arrugó sus hombros y cerró la puerta. Una vaga sospecha, algo parecido a la sombra de una idea, pasó a través de su mente. Durante algunos minutos permaneció perdido en pensamientos.

«Tonterías» —se dijo por último—, y retornó al tablero de control. Se estaba haciendo más oscuro en el cuarto de derrota. Densas nubes de moscas circulaban bajo las azules lámparas de alumbrar en el cielorraso. Victor Borisovich levantó su reloj hasta los ojos. Había pasado hora y media desde el comienzo del ataque biológico. Miró a la mosca muerta tirada sobre el tablero de control y se sintió enfermo. Cerró sus ojos por un momento. ¡Por qué diablos la había aplastado! Veneno o no veneno, era de todas maneras una cosa desagradable. A través de sus párpados a medio cerrar se dio cuenta que la cinta del grabador no se movía en forma pareja. Él la corrigió, entonces sus ojos revirtieron involuntariamente hacia la mosca aplastada. Al principio pensó que había desaparecido. Pero entonces la localizó nuevamente. Se estaba moviendo. El navegante la estudió atentamente y tragó con disgusto. Estaba empapado de transpiración. Los restos de la mosca fueron cubiertos con pequeñas cositas negras que estaban arrastrándose rápidamente sobre la panza aplastada de la mosca muerta. Había unas treinta de ellas, y todas tenían alas ampliamente extendidas aunque no podían volar todavía. Se arrastraban en todas las direcciones sobre la brillante superficie pulida del tablero de control.

Esto sucedió durante unos diez minutos. La cinta azul seguía llegando fuera del computador y caía al suelo en espirales. Grandes moscas negras volaban a su alrededor. El navegante se inclinó hacia delante y observó la mosca muerta con respiración agitada. Para ser más exacto, él estaba observando lo que alguna vez había sido una mosca muerta. Mirando de cerca la pata negra de la mosca, él se dio cuenta que estaba cubierta con minúsculos poros, y de cada poro sobresalía la cabeza de una mosca microscópica. «Así es cómo ellas se multiplican tan rápidamente —pensó Victor Borisovich—. Ellas sencillamente salen fuera de cada otra. Cada célula tiene un embrión adentro. Esta mosca no puede ser muerta, cientos de réplicas de ella misma vuelven a la vida».

Las minúsculas moscas ahora trepaban sobre el tablero de control, los botones y los verniers y sobre el plástico transparente del aparato. Había un número bastante grande de ellas todavía, y algunas hasta intentaban volar. Un fino polvo negro era todo lo que quedaba de la mosca muerta y el navegante lo sacó de un manotazo fuera del tablero de control de la misma manera que la gente le da un manotazo a la ceniza del tabaco.

A través de los audífonos Victor Borisovich pudo oír la voz de Toomer:

—El navegante esta aireando el cuarto de derrota —estaba diciendo.

Cuatro hombres que usaban brillantes trajes de silicato y yelmos plateados entraron en el cuarto de derrota.

—¿Por qué ha abierto usted la puerta, Victor Borisovich? —preguntó el Capitán.

—¿La puerta? —Victor Borisovich se dio vuelta y miró la puerta sorprendido—. Yo no la abrí.

—Pero estaba abierta —dijo el Comandante.

Victor Borisovich encogió sus hombros. Las enanitas negras, trepando fuera de la mosca muerta aún estaban ante sus ojos.

—Yo no abrí la puerta —repitió.

Echó una mirada a la puerta nuevamente. De nuevo se dio cuenta que la hoja de papel descansaba cerca y de nuevo una vaga conjetura pasó a través de su mente.

Lidin dijo con impaciencia:

—Mejor que decidamos qué es lo que vamos a hacer ahora.

—El navegante no sabe nada todavía —dijo el Comandante—. Camarada Malyshev, repita sus conclusiones una vez más por favor.

Malyshev aclaró su garganta.

—El equipo que ustedes tienen está en malas condiciones —dijo—; el micrófono, por ejemplo, parece haber sido completamente abandonado...

Hizo una pausa y Lidin pudo ser oído dándole instrucciones a alguien, probablemente a Toomer:

—...Tome un cilindro de alcohol y vaya por los alrededores rodándolos. Luego préndales fuego...

—Trataré de ser breve —comenzó Malyshev—. Los resultados de los tests químicos prueban que la composición de esas moscas es bastante inusual; oxígeno y nitrógeno juntos con muy pequeñas cantidades de calcio, hidrógeno y carbón. De esto nosotros podemos deducir que las moscas representan alguna desconocida forma de vida no-albuminosa. Si es así, entonces, hay muy poco peligro de que esparzan infección, y entonces, por supuesto, es un descubrimiento de principal importancia. Deseo dar particular fuerza a este último hecho, dado que el único pensamiento del camarada Lidin es cómo destruir las. Esa es una forma errónea de afrontar el problema.

—Si nosotros tan sólo pudiéramos agarrar algunas arañas —dijo Lidin como en sueños—. Algunas buenas y viejas arañas de jardín...

—Nosotros nada sabemos acerca de ellas todavía —continuó Malyshev—. Ni siquiera qué las alimenta, ni cómo se multiplican. Pero creo que existe toda razón para suponer que...

—Yo no comprendo una cosa —interrumpió Toomer—. He matado docenas de ellas, las he aplastado con mis pies, pero no puedo encontrar una sola mosca muerta.

—No gastes tu tiempo buscando una —dijo el navegante—. Es absolutamente inútil.

—¿Por qué?

Victor Borisovich se dio cuenta de que la puerta estaba de nuevo abierta un poco. La pieza de papel se alzaba como si quisiera saltar por encima del brocal, y caía desvalidamente en el suelo.

—Te diré todo acerca de esto más tarde —le dijo—. Más tarde, cuando todo haya pasado.

Victor Borisovich fue hasta la puerta, la cerró y volvió a la mesa. El Comandante golpeaba ligeramente la mesa con su mano.

—¡Atención! —soltó—. He decidido limpiar la nave de moscas.

—¿Cómo?

—Nos pondremos nuestros trajes espaciales, elevaremos la presión dentro de la nave utilizando nuestra reserva de oxígeno líquido, y abriremos las escotillas...

—¡Santos cielos —murmuró el navegante.

—...dejaremos que el espacio penetre en nuestra nave, y entonces toda esta basura será arrojada afuera por la fuerza del hidrógeno comprimido.

—No es una mala idea —dijo Lidin.

Toomer se dejó caer en un sillón y estiró sus piernas.

—Pero nosotros no nos quitaremos las esporas de encima en esa forma —dijo.

—Yo creo que no hay más esporas en esta nave —se quejó Malyshev—. Todas se han desarrollado en moscas.

—Nos quitaremos de encima estas criaturas al fin —dijo Lidin—, estas malditas, horribles, diabólicas...

—Digo yo —interrumpió Victor Borisovich— yo creo que lo tengo al final.

Se fue hacia la puerta, se paró y tocó la hoja de papel que descansaba sobre el brocal.

—¿Qué es? —preguntó Toomer.

—Bien —dijo Stankevich—, iremos y buscaremos los trajes al vacío. Lidin, usted ayudará a Malyshev a que se ponga su traje.

—Todas las moscas se congelarán hasta morir —se rió Lidin. Estaba terriblemente ansioso por que las moscas se congelaran.

Victor Borisovich miró en derredor suyo. Todas las paredes estaban negras. Festones de negro terciopelo colgaban del cielorraso... El piso estaba cubierto con pulpa herrumbrosa seca. Se estaba poniendo oscuro, enjambres de moscas tapaban los tubos de iluminación.

—Miren acá —dijo Victor Borisovich—. ¿Saben ustedes por qué la puerta se abre por sí misma?

—¿Qué puerta, navegante? —preguntó el Comandante con impaciencia.

—¿Qué puerta? —preguntó Toomer.

—Esta, la que conduce al corredor. No se abre más ahora.

—Bueno, ¿y qué hay con ello?

—Verá usted —dijo Victor Borisovich rápidamente—, la puerta se abre hacia fuera. Si la presión en el corredor desciende, entonces la presión más alta del cuarto de derrota empuja la puerta hasta abrirla. Es bastante sencillo. Pero ahora no hay ningún exceso de presión.

—No lo entiendo para nada —dijo el Comandante.

—Se debe a lo que están haciendo todas estas moscas —dijo Victor Borisovich.

—¿Qué tiene que ver con las moscas?

—Las moscas se engullen el aire. Así es cómo ellas adquieren más peso. Se alimentan de aire, de oxígeno, de nitrógeno.

El biólogo murmuró algo inarticulado, mientras el Comandante de golpe se dio vuelta para mirar las informaciones del aparato de sistema circular. Todos se quedaron en silencio por varios momentos. Por último el Comandante anunció:

—El aparato indica que algo así como cien medidas de peso de oxígeno líquido se han gastado durante las dos últimas horas.

—¡Qué maravilla! —exclamó Malyshev.

—¡Las criaturas! —dijo Lidin—. ¡Las malditas criaturas!

—Les dije que no eran otra cosa que moscas de ocho patas —dijo Toomer—. ¿Qué otra cosa podía esperarse de ellas?

—Hablando en forma lógica —dijo el biólogo—, una atmósfera que llegara a contener oxígeno debería serles fatal.

—Sería así mucho mejor —dijo el Comandante—. Ahora, Lidin, apague el sistema de circulación. Navegante, prepare la nave para ser tratada al vacío y para un tratamiento de temperatura superbaja. Informe en un período de diez minutos.

Victor Borisovich caminó hacia la puerta reflexionando sobre lo que sucedería si un par de moscas llegaran a la Tierra. Uno no podía someter la Tierra al vacío y a temperaturas superbajas.

Suspiró, abrió la puerta y encabezó primero hacia dentro del agujero negro, apenas iluminado por una luz rojiza.

Se pusieron sus trajes al vacío directamente sobre los trajes protectores. Iniciaron entonces su camino de vuelta al cuarto de derrota, a lo largo del sombrío túnel con paredes negras que una vez supo ser el corredor. Las paredes del túnel ondulaban ligeramente.

Entraron al cuarto de derrota. Aquí, también, todo parecía oscuro y nada familiar.

—¿Cómo anda el sistema de circulación Toomer? —inquirió el Comandante.

—Cerrado.

—¿Y las escotillas, navegante?

- Todas abiertas, excepto las exteriores.
- Lidin, ¿ha controlado usted los trajes al vacío?
- Sí, camarada Comandante.
- Comencemos entonces —dijo el Comandante.

Victor Borisovich observó el manómetro. La presión dentro de la nave espacial había descendido treinta milímetros, aun cuando Toomer la había cerrado tan sólo unos pocos minutos antes. Las moscas absorbían aire y se multiplicaban en tremenda proporción. El Comandante conectó el suplemento de hidrógeno. La aguja del manómetro se detuvo, y luego comenzó a moverse con toda lentitud hacia la dirección opuesta. Una atmósfera... Una y media... Dos...

- ¿Hay alguna mosca en sus trajes espaciales? —preguntó el Comandante.
- Ninguna, que sepamos —replicó Lidin.

Nuevamente se hizo el silencio. Ellos no podían oír nada salvo la respiración de los demás que les llegaba a través de sus audífonos. Luego, alguien estornudó; debió haber sido Toomer.

- Salud —dijo Malyshev amablemente.

Nadie contestó. Cinco atmósferas. El pulpo negro sobre las paredes comenzó a moverse pesadamente.

- Ahí lo tienen —dijo Lidin en forma maliciosa—. Seis atmósferas.
- Quédense quietos —ordenó el Comandante.

Victor Borisovich estiró sus brazos y se agarró del cinturón de Malyshev. Malyshev se agarró a Lidin y Lidin a la silla donde Toomer estaba sentado. El Comandante apartó de un guantazo un enjambre de moscas del tablero de control y apretó un botón. Inmediatamente cuatro escotillas que conducían al compartimiento de carga se abrieron en forma simultánea.

Victor Borisovich sintió un chorro repentino que lo sacudió de pies a cabeza. Alguien boqueó. Bajo una presión de seis atmósferas la mezcla de aire hidrogenado penetró precipitadamente a través de las escotillas en el espacio. Una ventisca negra giró en el cuarto de derrota. Y luego se hizo luminosa, brillantemente luminosa. El cuarto de derrota nuevamente era el mismo, limpio y esterilizado. Tan sólo algunas acumulaciones congeladas que relampaguearon ante la luz azul de los tubos permanecían en las paredes y del brocal tan sólo quedaba una delgada película de polvo.

- ¡Qué lindo que es! —dijo una ronca voz que no era familiar.
- Atención —dijo el Comandante—. ¡Etapa segunda!

Luego de ella hubo la tercera, luego la cuarta, la quinta etapa. En cinco oportunidades la nave fue llenada de hidrógeno comprimido, y cinco veces chorros de gas comprimido lavaron cada uno de los rincones, cada escondrijo y cada hendidura de la nave. La película gris de polvo frente al brocal desapareció, y lo mismo sucedió con las acumulaciones congeladas en las paredes. Entonces, la nave espacial se llenó por sexta vez con hidrógeno. El Comandante puso en acción los aspiradores de polvo hasta alcanzar su más plena capacidad y solamente luego de ello se inyectó aire a la nave.

- Bueno, eso es todo —dijo Stankevich—. Por lo menos hasta ahora.

Fue él el primero en quitarse el pesado yelmo espacial.

- ¿A lo mejor lo soñamos todo? —dijo Lidin pensativamente.
- Qué bonito sueño para tener —dijo Toomer.

Victor Borisovich estaba ayudando a Malyshev a sacarse el traje espacial. Cuando tiró de la manga ribeteada del mismo por encima de la mano derecha del biólogo, el Comandante dijo repentinamente:

- ¿Y qué es lo que tiene usted ahí, camarada Malyshev?

Malyshev estaba sosteniendo una pequeña bolsa de plástico que tenía la forma de una caja de anteojos. Rápidamente escondió su mano detrás de su espalda.

- Nada en particular —dijo el biólogo frunciendo el ceño.

—Camarada Malyshev —dijo el Comandante con un tono helado.

—¿Qué, camarada Stankevich? —replicó el biólogo con inocencia.

—Entrégueme ese objeto de inmediato.

—¡Bendito sea Dios —exclamó Victor Borisovich—, tiene algunas moscas escondidas!

—Bueno, ¿y qué hay con eso? —dijo el biólogo.

Lidin palideció, luego se enrojeció.

—¡Destruyálas de inmediato! —dijo como en un silbido—. ¡Tírelas de inmediato en el reactor!

—Tranquilo, ingeniero aéreo —dijo Victor Borisovich.

Malyshev se salió de su traje espacial y metió una caja en su bolsillo. Levantó sus cejas y dijo:

—Estoy avergonzado de ustedes, camaradas.

Esto enfureció a Lidin.

—¡Hagan el favor de escucharlo, está avergonzado de nosotros! —gritó.

—Sí, lo estoy. Comprendo que todo ha sido bastante repentino y... atemorizante, pero...

—¿Pero no puede usted imaginar lo que sucedería si una sola mosca llegara a penetrar en la atmósfera de la Tierra?

—¿Sabe usted cómo se multiplican? —preguntó el navegante.

—Sí, lo sé. Lo he visto. Esto es bastante ridículo.

Malyshev caminó por sobre su traje espacial y se sentó en un sillón.

—Escúchenme un minuto. La vida en el espacio puede a veces estar reñida con la vida en la Tierra, eso es bastante cierto y sería tonto negarlo. Pero si hubiera existido la más mínima oportunidad de que las moscas amenazaran la vida o la salud de la humanidad, yo hubiera sido el primero en exigir que la nave espacial fuera llevada lo más lejos posible de la Tierra y destruida. Pero las moscas no son peligrosas. La vida sin albúminas no puede afectar en lo más mínimo nuestra forma de vida. Estoy sorprendido de vuestra ignorancia y nerviosidad.

—El menor descuido —insistió Lidin—, y ellas se propagarán por sobre toda la Tierra y devorarán la atmósfera entera.

Malyshev chasqueó sus dedos con desdén.

Si ellas se propagan por sobre el planeta, yo tomaré bajo mi responsabilidad el producir en dos días veintidós clases de virus nitrooxigenados, que acabarán con las moscas, con sus esporas y veintidós generaciones de sus crías. De paso, hemos tratado con Letal, Buxil, Petronal y otros insecticidas, pero estoy seguro que la mejor arma contra esas moscas sería la saliva ordinaria, tal como Toomer lo dijera en broma.

Toomer rompió en carcajadas.

—Maldita sea si yo entiendo algo —gruñó Stankevich.

—Bueno, no quiero decir escupir, pero sí simplemente agua. Agua destilada. Estoy bastante seguro al respecto.

Malyshev echó una mirada triunfal a los hombres del espacio. Ninguno dijo una palabra.

—¿Se han dado cuenta en verdad lo extremadamente afortunados que somos? —preguntó.

—No —dijo Stankevich—, todavía no.

—¿No? Bueno, déjeme explicárselo una vez más. En primer lugar tenemos a nuestra disposición (se golpeó el bolsillo) el más absolutamente único espécimen de vida no albuminosa. Hasta ahora la vida sin albúmina tan sólo podía reproducirse en forma artificial. ¿Comprenden ustedes eso? Bueno, me alegra oírlo. En segundo lugar, traten ustedes de imaginarse una fábrica que no tiene ni maquinaria ni calderas. En su lugar, hay un enorme insectario donde millares de moscas se multiplican y desarrollan a una velocidad increíble. La única materia prima necesaria es el aire. Cientos de toneladas de

celulosa de esa calidad se producen por día. Y eso significa papel, telas, pinturas... y todo lo que ustedes tienen que hacer, es decir, «tírenlas en el reactor...».

El biólogo terminó su discurso, sacó la caja de plástico y la llevó a su oído.

—Están zumbando —anunció—. Criaturas únicas. Extremadamente raras.

De repente se detuvo y miró confundido a su alrededor.

—Mi caracol —gritó corriendo fuera de la habitación.

Los hombres del espacio se miraron los unos a los otros.

—La biología es la ciencia más importante, ingeniero aéreo —dijo Toomer—. Usted debía saber eso.

—Estoy bastante satisfecho con lo que conozco acerca de la vida no albuminosa —dijo Lidin con disgusto.

El Comandante se levantó para irse.

—Todo está bien cuando, termina bien —dijo él sin mirar a Toomer—. Y si alguno de ustedes alguna vez comienza a contar acerca de los peligros del espacio... ¿quién está de guardia?

—¡Santos cielos! —pensó Victor Borisovich—. ¡Mi guardia todavía no ha terminado! ¿Podrá ser posible que tan solo hayan pasado tres horas?

Al finalizar su guardia, se acercó para conversar con Malyshev. El biólogo todavía estaba dolorido velando los restos de su tanque de vidrio. Durante la limpieza al vacío, la presión interior de la nave había destrozado tanto al tanque como al caracol gigante haciéndolos pedazos, y ahora las partes hechas del cuerpo de la babosa colgaban del techo.

—¡Era un espécimen tan raro! —se quejó Malyshev.

—No importa —dijo el navegante—, ahora tiene usted unas moscas en cambio. Y la próxima vez que yo retorne de Titán, le traeré otra babosa. Vayamos al Departamento Médico y usted me podrá indicar qué es lo que anda mal el micrófono... Sabe usted, nunca tuvimos la oportunidad de utilizarlo antes.

FIN

Publicado en: Otros seres, otros mundos. R. Alonso Editor.

Edición digital: Ren.